

ver á caer en sus manos aterraba á las niñas. Ella les habia dicho: «Escribidme diariamente cartas muy tiernas y espresivas;» y ellas escribian con prostraciones, ternuras que no se escribirían á una madre, al mismo tiempo que con acusaciones de todas clases contra su familia y contra sí mismas.

En estas cartas se encuentran precauciones transparentes. Se ha citado esta de Lucía: «tal vez creereis que se me ha dictado esto; pero no es verdad.» Hé aquí otra: «Os suplico que no conserveis mi carta.»

Hé aquí aun otra de estas cartas, escritas espontáneamente:

«Pienso con frecuencia en esta pobre Poppy, y conozco que tengo que hacerme vivas reprensiones. Si pudiera solamente pedirle perdon de todas mis terquedades, estaria mucho mas contenta; pero esto es imposible. Ha muerto para siempre, pero debemos esperar verla en el cielo. Allí, ya lo sabeis, no hay separacion, ni disgustos, ni dolores. Dios secará todas nuestras lágrimas. Este pensamiento os servirá de consuelo, ¿no es verdad? Estoy cierta que si hay una persona digna de ir al cielo sois vos.»

¡Qué sacrilegio! ¡qué profanacion! ¡qué lenguaje! ¡Cómo! ¡sobre la tumba de Mariana se hace escribir esto á esas pobres niñas que se han hecho éticas y convirtiéndose en esqueletos, en la vispera del dia en que va á ajarse y deshonorarse la flor de su juventud!

«Si hay alguna persona digna de ir al cielo, sois vos. Jamás he visto á nadie llenar mas fielmente sus deberes que á vos. Pienso en verdad algunas veces, que habeis tenido tanta paciencia como Job.»

Vemos, pues, á esta niña hablar de Job, y espontáneamente: «Habeis tenido tanta paciencia como Job.» Y despues, admirad esta distincion:

«Porque aunque no aparezca una prueba tan grande exteriormente, la vuestra se manifiesta enteramente en el interior de la casa, y la de Job me parece tan pública...

Aquí se avanza tal vez demasiado. Porque en verdad ¿podia provenir de esta niña, esta distincion entre la prueba interior y la prueba exterior, esta distincion tan fina, tan sutil? Hay quien asi lo cree; pero es imposible; y esto ha sido dictado.

Pero ¿quereis convenceros mas todavía? Hé aquí una carta de diez y siete páginas; las niñas á lo que parece, trataban de gastar el papel que se les habia dado.

«¡No os he escrito una carta bien larga!

»Ella es inmensa; mi adversario os lo ha dicho y tiene razon.

»Mucho os agradeceré que no la guardeis ni la enseñeis á nadie.»

Hé aquí la precaucion de que os he hablado.

«Estoy persuadida de que ella... (habla de su hermana que acaba de morir)... que ella piensa en vos y que tendria mucho gusto en recompensaros de todo cuanto habeis hecho por ella; pero esperad aun un poco, pues ya sabeis que no será por mucho tiempo esta tierra nuestro lugar de reposo. No penseis mas que en el momento afortunado en que os sea dado volver á uniros con ella para no separaros jamás.»

¡Y es esta niña inglesa que apenas sabe el francés la que escribe esto!

«¿No pensais en que dejareis el mundo ahora con menos pesares que antes? ¿Sabeis que de buena gana lo haria? No obstante, me espanta el temor de la muerte. La muerte de nuestra querida hermanita ha sido, no solamente para mí, sino tambien para todos, un aviso solemne. ¡Páreceme á cada momento, que la veo en su camita, cantando con tanta alegría!»

¡Pobre criatura, oh Dios mio! *iniquitas mentita est sibi*, la iniquidad le hace traicion y cae en sus redes mas toscas, se forja armas, y estas armas revientan en sus manos. Quiere probar demasiado y prueba contra sí misma. ¡Venir á decir que esta niña, cuando tocaba en sus últimos momentos, cuando se habian apoderado de la mitad de su cuerpo la hemiplegia y la parálisis, cantaba alegremente en su lecho! ¡os la representais cantando alegremente en su camita! ¡Pobre criatura!

Hé aquí, no obstante, la carta que escribió su hermana: «¡Ah! No debo soltarla. Tenia yo pruebas bien graves, bien fuertes, bien poderosas y complexas; pero habeis venido vos, con una habilidad que se ha desplegado, que se ha vendido, que se ha engañado, por un decreto de la Providencia, á cogeros con vuestro propio argumento, en las propias redes que tendiais á la justicia. Porque vos sois quien ha entregado estas cartas; y estas cartas os condenan, os pierden mas que vuestros testimonios.

No hablemos, pues, ya de todos esos testigos de *visu* y de *auditu*, de ese conjunto de pruebas, de esas lágrimas derramadas, de ese grito de la humanidad que se escapa de todos los corazones; yo rechazo todas esas pruebas, me atengo á esas cartas que habeis opuesto y os repito que os condenan.

Hé aquí vuestras cartas: ¿Qué interés habeis tenido al presentarlas? ¡Ah! Si hubiérais sido bien aconsejada, si la perversidad fuera siempre tan inteligente como es perversa, permitidme que os diga, no hubiérais presentado semejantes cartas, no hubierais suministrado este argumento, que descubre vuestro ascendiente, vuestra autoridad, el espantoso terror que inspirais á esas niñas y que sobrevivian aun á vuestro imperio; hubiérais comprendido que érais vos quien las habia inspirado, dictado, impuesto á agentes tan dóciles que no se atrevian á negarse á ningun sacrificio, á ninguna mentira, y que por complaceros, estaban dispuestas á sacrificarlo todo, la verdad, su propia madre: no, vos no hubiérais presentado estas cartas que son la acusacion mas terrible. Hé aquí lo que tenia que deciros sobre la correspondencia, la última, la mas decisiva de nuestras pruebas.

¡Tantas precauciones denotan una perversidad que espanta! «Esto no es mas que violencia... ¡Oh Dios! yo os pido perdon porque soy padre y he dicho que esto no era nada... pero no, persisto en ello, esto no es nada...» Pero esta duplicidad, estas continuas falsedades, esto admira y espanta. Cada palabra de esta mujer es una mentira segura, una miserable calumnia. Ella calumnia á los testigos, á Leocadia, por ejemplo, que estaba *muy bien avenida* con mon-